

A colorful illustration of a family celebrating. An elderly woman with grey hair in a yellow shirt and a young woman with long dark hair in a white and blue striped shirt are exchanging red flowers. In the center, a man with a mustache in a white shirt is holding a large red flower. To the left, a young boy in an orange shirt is waving. To the right, a young girl in a pink dress is holding a flower. A large rainbow arches over the family. The background is a bright blue sky with a yellow sun. Various flowers and leaves are scattered around the family.

PREMIO 2011
DE ALFABETIZACIÓN
UNESCO



Saberleer

Voces e historias



Créditos a la presente edición

Coordinación académica
Maricela Patricia Rocha Jaime

Compilación
Fabían Jiménez Flores
Maricela Alba López

Revisión de contenidos
María de Lourdes Aravedo Reséndiz
Lilia Mabel Encinas Sánchez

Producción
Subdirección de Difusión y Comunicación Social

Locución
José Luis Guzmán Hernández
Alma Rosa Constantino González

Coordinación gráfica y cuidado de la edición
Greta Sánchez Muñoz
Adriana Barraza Hernández

Seguimiento al diseño
Jorge Alberto Nava Rodríguez
María Aurora Arellano Saucedo

Seguimiento editorial
Tania Fernández Urias
María del Carmen Cano Aguilar

Revisión editorial
Felipe Sierra Beamonte
Sonia Zenteno Calderón

Diagramación
Abraham Menes Núñez
Bertha Ramírez Gallegos
Mariana Ramos Rodríguez

Ilustración
Maya Selene García López

Diseño de portada
Ricardo Figueroa Cisneros

Saber leer. Voces e historias. D.R. 2007 ©Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA.
Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140.

Esta obra es propiedad intelectual de sus autores y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Algunas veces no fue posible encontrar la propiedad de los derechos de algunos textos aquí reproducidos. La intención nunca ha sido la de dañar el patrimonio de persona u organización alguna, simplemente el de ayudar a personas sin educación básica y sin fines de lucro. Si usted conoce la fuente de alguna referencia sin crédito, agradeceremos establecer contacto con nosotros para otorgar el crédito correspondiente.

ISBN *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*. Obra completa: 970-23-0274-9

ISBN *Saber leer. Voces e historias*: 978-970-23-0628-3

Impreso en México



MEVYT

Modelo
Educación
para la Vida
y el Trabajo

Índice

Presentación	3
1. El mole de guajolote	4
Anónimo. Leyenda poblana	
2. La casa encantada	8
Anónimo. Leyenda	
3. El molinero, su hijo y el jumento	11
Jean de la Fontaine. Fábula	
4. El regreso	14
5. Mi madre ya no ha ido al mar	16
Fabio Morabito. Antología de la Colección Fonográfica Voz Viva de México. Dirección de Literatura. UNAM	
6. Lágrimas congeladas	19
Moacyr Sclair	
7. En tanto que de rosa y azucena	22
Garcilaso de la Vega	

Presentación

Voces e historias es una colección de relatos que incluye conmovedoras leyendas, divertidas fábulas, fantásticas ambientaciones, interesantes cuentos y emotivos poemas.

Lo que chicos y grandes estaban esperando para imaginar y evocar momentos, lugares y personajes.

Todos y cada uno de los relatos que se incluyen en este disco están pensados para el disfrute y deleite de tus oídos, así como para dejar una reflexión en torno a su contenido.

Así, en las fábulas podemos ver reflejadas las vivencias y las situaciones

por las que en algún momento hemos atravesado y en las que nos muestran diversas enseñanzas.

Las leyendas nos llevan a los acontecimientos del pasado a través de la realidad, el misterio y la imaginación.

Los cuentos nos transportan a un mundo de fantasía en donde nuestros pensamientos nos permiten ver la realidad de otra forma. Gracias a los cuentos la realidad vuelve a nacer.

A continuación encontraremos algunos interesantes relatos para imaginar y escuchar.

El mole de guajolote¹

Se dice por la voz de la tradición que venía a Puebla el excelentísimo señor virrey de la Nueva España y había que preparar algo digno para tan regia personalidad y en los conventos todo era agitación y movimiento, pero en el de Santa Rosa se acentuaba más esa situación porque de su cocina habían

salido siempre los mejores guisos. Había que preparar un platillo único, una innovación en la cocina poblana que ya desde entonces gozaba de gran fama.

En la gran cocina del convento de Santa Rosa, la madre cocinera en turno se paseaba en el amplio recinto cavilando:



—¿Qué preparar para tan fausto acontecimiento? Cierto es que en los patios del monasterio hay media docena de guajolotes de año y medio y que éstos se han engordado con almendras y avellanas, y que por su edad están listos para cocinarse, pero ¿qué más, Dios mío?

Después de invocar a San Pascual Bailón, cuyo cuadro de azulejos de Talavera lucía en el lugar de honor en la gran cocina y con su dulce mirar veía los apuros de la monja, hasta que ésta, como iluminada por el santo se dijo a sí misma:

—¡Ya está! Prepararé un guiso completamente indígena a base de chile; pero también será una mezcla con las

especies de Castilla y será criollo como nuestra raza; será un guiso de Puebla y de Nueva España.

No lo pensó más. Fue a la despensa y de los vitroleros de vidrio azul que guardaban las especias, sacó unas buenas porciones de chiles secos: chile ancho, chile pasilla, chile mulato y chile chipotle; así como pasas, almendras, semillas de ajonjolí, pimientas, clavo, canela, anís y unas tablillas de chocolate; y de la recaudería tomó ajos, cebollas y abundante jitomate.

Puso a remojar los chiles, lo mismo que las almendras, y mandó traer de los patios dos guajolotes para limpiarlos y prepararlos. Las criadas y las novicias veían con asombro cada uno de los mo-



vimientos de la religiosa que, como sacerdotisa, oficiaba el ritual, así eran sus movimientos y disposiciones.

Después, mandó tostar el ajonjolí en un comal de barro y una vez que estuvo dorado, lo retiró del fuego. Así los chiles, una vez remojados les quitó las semillas y las venas y los dejó escurrir; a las almendras, después de un ligero hervor, les quitó las cáscaras; después en una cazuela de barro de La Luz, con suficiente manteca, frió los chiles y en esa misma manteca, frió unos totopos, unas rebanadas de pan blanco y la pulpa de unos plátanos largos que también se conocen como “plátanos machos”. Mandó asar todo el jitomate y en un perol grande puso a hervir las piezas ya limpias y descañonadas de los pavos, poniéndoles rabos de cebolla, sal, ramas de hierbabuena y cilantro para quitarle el tufo a la carne de los guajolotes.

Una vez listos todos los ingredientes, ella misma empezó a moler los chiles en el gran metate de piedra. Para esto, una de las criadas indígenas que apenas podía hablar el español, llena de asombro por lo bien que molía la monja, dijo:

—¡Qué bien mole la reverenda madre!

Cuando la religiosa escuchó la frase, se iluminó su rostro y llena de alegría le contestó:

—¡Tú lo has dicho! Este guiso de hoy en adelante se llamará mole. ¡Mole de guajolote!

Y así pasaron por el metate todos los ingredientes, formándose una pasta aceitosa, exquisita, cuyo aroma invadía todo el edificio conventual.

En una cazuela de barro de La Luz con suficiente manteca la reverenda madre puso a freír aquella sabrosa pasta, agregándole el jitomate molido, sal, azúcar y las tablillas de chocolate, hasta

que ésta empezó a sazonarse. Después le agregó las piezas principales de los guajolotes y unos trozos de carne de puerco, cruda, en cantidad suficiente, para que se cociera y se impregnara con el sabor de todas las especias; por último agregó una buena porción de caldo de los pavos y así lo tuvo hirviendo hasta que alcanzó el espesor deseado y las carnes se cocieron completamente.

Para servir este suculento platillo, la madre escogió grandes platonos de porcelana, sirvió las piezas principales de los guajolotes, bañándolas con aquel exquisito y oloroso caldillo espeso, que después roció —válgaseme la expresión— con semillas tostadas de ajonjolí y lo adornó, además, con hojas de lechuga y rabanitos tiernos.

Fue un éxito rotundo. Del convento salió la receta a las casas particulares; en los locutorios de los conventos y en

toda la ciudad, durante mucho tiempo, no se hablaba más que del exquisito mole de guajolote.

Por desgracia, la monja dominica de Santa Rosa, su creadora, quedó en el anonimato y nunca se escribió la receta original. Si se conocieron los ingredientes y la forma de hacerlo, fue por las criadas del convento que presenciaron su hechura y ellas fueron quienes de madres a hijas transmitieron la receta por tradición y así ha llegado hasta nuestros días, con variantes innumerables, por ejemplo: hay quienes le agregan cacahuates y las semillas de los chiles tostados; hay quien le pone más de un chile que de otro; hay quien no le pone nada que sea dulce para que resulte exageradamente picante; en fin, hay mil modos de hacer mole, por eso en cada región del país se cocina en forma diferente.

La casa encantada ²

Érase una vez un rico brahamán que se había mandado a construir un magnífico palacio, con mármoles preciosos, y cuyo interior amuebló con gran lujo. Cuando su nueva casa estuvo acabada, se trasladó a ella con sus criados.

Pero la primera noche que pasó en aquel palacio le ocurrió algo extraño. Cuando se había retirado a su habitación, que era la más lujosa de toda la casa, y se iba a acostar, oyó una voz profunda que decía:

—¿Puedo bajar?

El hombre asombrado, se sentó en la cama y miró a su alrededor; no había nadie. Pero la voz repitió aquellas palabras por segunda vez. Entonces, el brahamán empezó a temblar de miedo,

se vistió a toda prisa y salió precipitadamente de la habitación. Toda la noche se la pasó junto a la puerta principal de la casa, dispuesto a huir a la primera alarma.

Cuando amaneció, llamó a sus criados y les mandó que cerraran herméticamente toda la casa y se reunieran con él en su antigua morada, a la que había decidido volver.

Pronto se difundió por la ciudad el rumor de que la magnífica casa del brahamán estaba habitada por el diablo en persona. Eran muchos los curiosos que acudían a verla, pero nadie se atrevía a traspasar el umbral.

Un día, un brahamán pobre que vivía con su numerosa familia al aire libre,



pues no tenía medios de hallar un refugio, fue a ver al brahmán rico y le dijo:

—Noble señor, yo soy muy pobre y no tengo con qué alimentar a mis hijos ni dónde albergarlos para evitar la lluvia y los rigores del invierno. Sé que tu casa nueva está deshabitada y que nadie se atreve a entrar en ella. Déjame pasar el invierno con mi familia en esa casa.

—Muy bien —contestó el rico—;

pero te advierto que la casa está encantada.

—No importa. Siempre es mejor una casa encantada que la intemperie y el frío.

El brahmán rico accedió a la petición del pobre, y éste se trasladó en seguida al palacio. Al llegar la noche, se dirigió a la habitación que el dueño había preparado para él y se dispuso a acostarse.

De repente oyó una voz profunda:

—¿Puedo bajar?

—Baja, baja —contestó el brahamán, que no estaba nada asustado.

Y entonces, ¡oh, maravilla!, del techo bajó una lluvia de monedas de oro que cayeron al suelo, produciendo alegre ruido.

Ahora basta —dijo el brahamán al cabo de un rato, y la lluvia cesó.

Al día siguiente, el pobre se dirigió a casa del brahamán rico y le contó la extraordinaria aventura que le había ocurrido. El dueño quiso ver el milagro con sus propios ojos y decidió pasar la noche en la habitación encantada con el otro brahamán.

Aquella noche se repitió la misma escena que la noche anterior. La voz misteriosa preguntó:

—¿Puedo bajar?

El brahmán contestó:

—Baja, baja.

Y entonces, desde el techo empezó a caer la lluvia de monedas de oro. Pero, indudablemente, por arte de magia, el brahamán pobre veía caer monedas de oro, mientras que el brahmán rico veía que del techo bajaban horribles escorpiones, que echaban a andar por el suelo. Horrorizado, huyó precipitadamente y no quiso volver a poner nunca más los pies en aquella casa.

Se la regaló al brahamán pobre, que vivió en ella durante toda su vida, y gracias a aquella lluvia de oro, que se repetía cada vez que lo deseaba, dejó de ser pobre. Vivió el resto de sus días en buena posición, e hizo mucho bien a los pobres de la ciudad, recordando que él también había sido pobre la mayor parte de su vida.

El molinero, su hijo y el jumento³



Léi no sé dónde que un molinero y su hijo, viejo aquél y muchacho éste —pero no pequeñuelo sino de quince años bien cumplidos—, iban a una feria para vender a su jumento. Para que estuviese más descansado y de mejor

ver, atáronle las patas y cargaron con él entre el padre y el hijo.

El primero que topó con ellos en el camino soltó la carcajada.

—¡Qué pareja! ¡Qué rústicos tan rematados! iba diciendo.

—¿Qué se proponen con esa extravagancia? No es el más jumento quien lo parece.

El molinero oyendo tales razones, se arrepintió de su tontería, dejó en el suelo al borrico y le quitó las ataduras. El animal, que se había acostumbrando a caminar a cuernas, comenzó a quejarse en su especial dialecto, pero el molinero cerró los oídos a las quejas, hizo montar al muchacho y prosiguieron su camino.

Encontraron a poco tres mercaderes. Y el más viejo, gritando todo cuanto pudo, díjole así al cabalgante:

—Apead, si tenéis pizca de vergüenza, mozo borriqueño. ¿Cuándo se ha visto que un muchacho lleve lacayo con canas? Monte el viejo y sírvale el joven de espulique.

—Caballeros, razón tenéis de sobra, y fuerza será conteneros. Echó pie a tierra el muchacho, y montó el viejo en el rucio.

Pasaron en esto tres mozuelas, y exclamó una de ellas:

—¡Qué valor! ¡Hacer ir a pie a ese muchacho, cayendo y tropezando, mientras va aquél hombrón en pollino, hecho un papanatas.

Replicó el molinero; hubo dimes y diretes, hasta que el pobre hombre, abochornado, quiso remediar su error y puso al chico a la grupa.

Aún no habían andado treinta pasos, cuando encontraron otro pelotón

de pasajeros y empezaron de nuevo los comentarios:

—Locos están, el jumento no puede más: va a reventar. ¡Cargar de esa manera a un pobre animal! ¿No tienen lástima de quien bien les sirve? Irán a vender a la feria su pellejo.

—¡Voto a bríos!— dijo el molinero.

Loco de remate es quien se propone contentar a todos. Pero hagamos otra prueba a ver si lo conseguimos.

Apeáronse los dos, y el asno, rozagante y satisfecho, marchaba delante de ellos. Pasó entonces otro viandante, y al verlos:

—¡Modas nuevas! —dijo—: La cabalgadura bien descansada y el dueño echando los bofes. Así, hacen gasto de zapatos y preservan el borriquillo.

—¡Tres eran tres, y a cual más jumento! Jumento soy de veras, pro-

rrumpió exasperado el molinero— jumento me confieso y me declaro; pero, en adelante, digan lo que quieran, alábenme o critíquenme, he de hacer mi santa voluntad. —y así lo hizo; y obró perfectamente.

Es importante seguir los mensajes que nos dicte nuestra conciencia considerando algunos aspectos de lo que digan los demás, pero seguros de lo que hacemos. Porque, en algunos casos, se haga lo que se haga de todas formas siempre te criticarán.

El regreso




Este espacio es para que tú des rienda suelta a tu imaginación y plasmes en él todo aquello que hayas evocado a través de lo que escuchaste.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal blue lines, resembling notebook paper. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There is no handwriting or other markings on the paper.

Mi madre ya no ha ido al mar⁴





Mi madre ya no ha ido
al mar,
lleva una buena cantidad de años
tierra adentro,
un siglo de interioridad
cumpliéndose.
Se ha resecado de sus hijos
y vive lejos
de otros consanguíneos.
Es como una escultura de sí misma
y sólo el mar

que quita el fárrago
acumulado en la ciudad
puede acercarla a su pasado,
hacia su muerte verdadera
y hacer que crezca nuevamente.
Mi madre necesita algún
estruendo entre los pies,
una monótona insistencia en los oídos,
una palabra adversa
y simple que la canse,
y necesita que la llamen,

oír su nombre en otros labios,
pedir perdón y hacer promesas,
ya no se tropieza en nada sustantivo.
Y yo tengo que armarme de valor
para llevarla al mar,
armarme de mis años
que he olvidado,
reunirme con mi madre en otro tiempo,
con un yo mismo que enterré
y que ella guarda
sin decirme nada.
Tengo que armarme de valor
para perder confianza
en lo que sé,
tengo que regresar al día
en que mi risa quedó trunca
entre las páginas de un libro,
cerrar el libro y completar la risa,
cerrar todos los libros y reírme,
cerrar todos los ojos que he ido abriendo
para que nadie me agrediera.
Estuvo bien ya de crecer,

es hora de desdibujarme,
lo que aprendí enhorabuena,
lo que olvidé también,
es hora de ser hijo de alguien
y de tener un hijo
y un esqueleto para ir al mar,
para morir
con cada hueso sin pedir ayuda.
Salí hace años a rodearla a ella
para volver más solo
o acaso fui a rodear el mar
para ser hijo de otro modo de mi madre,
ya no me acuerdo qué buscaba,
nadie recuerda lo que busca,
mi madre ya no ha ido
al mar,
es todo lo que sé,
y no llevarla es no reconciliarme
con el mar, no ver el mar
como se ve después de niño,
también no ver cómo es mi madre
ahora, no saber nada de mí mismo.

Lágrimas congeladas⁵

Existe un hombre que colecciona lágrimas. Comenzó en la adolescencia y ya tiene cincuenta y dos años, pero su colección, basada en ciertos criterios –secretos aunque seguramente rigurosos–, no es grande.

A mucha gente le gustaría conocer la famosa colección. Pero el hombre no lo permite. Las lágrimas congeladas están guardadas en el sótano de la propia residencia, una casa situada en lo alto de una colina, rodeada por altos muros y protegida por feroces perros. Los pocos visitantes que estuvieron allí hablan de las extraordinarias medidas de seguridad. El portón está vigilado por dos hombres armados. Ellos verifican la identidad de las personas que el coleccionista acepta recibir y luego los conducen a una psicóloga que, por medio de una entrevista, indaga los motivos conscientes e inconscientes de la visita. Finalmente los visitantes son sometidos a una prueba: dada una señal, deben

comenzar a llorar. Esta prueba se realiza en una salita sin muebles y con las paredes totalmente desnudas, a excepción de un pequeño cuadro con la siguiente inscripción: Bienaventurados los que lloran... (La frase termina así, con puntos suspensivos. ¿Acaso una ironía sutil? ¿Un homenaje a la inteligencia de quien la lee? ¿Una sugerencia de que puede haber otra recompensa para las lágrimas que no sea el reino de los cielos –tal vez las propias lágrimas? ¿Un obstáculo adicional al llanto, representado por una apelación a la curiosidad?) El extraño visitante que vence todas las etapas de esta difícil selección es conducido hasta el coleccionista. Se ve entonces frente a un hombre alto, robusto, elegantemente vestido. Amablemente, pero sin efusividad, es invitado a

sentarse. El hombre realiza un breve relato histórico de la colección. Explica que la idea de guardar lágrimas se le ocurrió el día en que le regalaron un lacrimarium, ese frasco minúsculo usado por los romanos (por los que siente admiración) para recoger lágrimas.

Da una disertación sobre el llanto. Llorar, aclara, exige un aprendizaje; el niño pequeño no llora, grita de frío, de hambre, de dolor. La técnica del llanto es algo que se va incorporando, poco a poco, a los mecanismos de la expresión individual. Llega al clímax en la madurez (y luego declina –tanto que según Max Frisch, los moribundos no derraman lágrimas); de allí la necesidad de preservar los recuerdos de esta fase.

Terminada la explicación, el hombre

invita al visitante a acompañarlo. Descienden al sótano por una escalera de caracol. Allí, en un estante refrigerado, construido especialmente para ese fin, están las famosas lágrimas congeladas: perlas de hielo sobre láminas de vidrio. Junto a cada una de ellas, una tarjeta con explicaciones. Por ejemplo: “Lágrima derramada en diciembre de 1965, con motivo del fallecimiento de mi querido hermano. Causa de la muerte: accidente cerebrovascular. Hecho ocurrido al mediodía. Llanto iniciado cuarenta segundos después. Flujo máximo de lágrimas, alcanzado en, aproximadamente, dos minutos. Duración total del llanto una hora (con períodos de calma y hasta risas incoherentes). Número estimado de lágrimas derramadas, treinta y dos (dieci-

siete por el ojo izquierdo, quince por el derecho). La presente lágrima fue recogida del ojo derecho, en una escapada furtiva al baño. Recolección precedida por una intensa mirada dirigida al rostro reflejado en el espejo y por inquietantes preguntas sobre el sentido y la calidad de vida”.

La visita termina. Con una pálida sonrisa, el coleccionista se despide del visitante. No habla de sus temores, pero uno de ellos es obvio: teme desperfectos en el sistema de refrigeración. Si se elevara la temperatura del estante, las lágrimas se evaporarían enseguida, y la tenue nube que tal vez se formase podría al menos empañar el espejo que cuelga de alguna de las paredes. Y, una vez disipada, habría llegado a su fin la famosa colección de lágrimas congeladas.

En tanto que de rosa y azucena⁶

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:



coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza su costumbre.









DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido su uso para fines distintos a los establecidos en el programa.